

LA EPÍSTOLA DE PÍO II A MEHMED II EN VERSIÓN CASTELLANA

Ricardo GONZÁLEZ CASTRILLO
Universidad Rey Juan Carlos

La carta que el Papa Pío II dirigió al sultán otomano Mehmed II en fecha no del todo precisada, instándole a abandonar el Islam y a abrazar el cristianismo, despertó un extraordinario interés no solo en su época sino en tiempos muy posteriores. E incluso en nuestros días atrae todavía la atención de los investigadores. Prueba de ello es la aparición de una versión inglesa realizada hace pocos años por Albert R. Baca y publicada junto con el original latino¹. Trabajo que viene a sumarse a la larga lista de ediciones, traducciones y estudios a que ha dado lugar la referida epístola desde que fuera impresa por primera vez en la época incunable, probablemente en Colonia hacia 1469, sin mencionar los numerosos ejemplares manuscritos que de la misma se conservan en diferentes bibliotecas². Los nombres de Giuseppe Toffanin, Frank Babinger y Franco Gaeta merecen destacarse entre los varios tratadistas que de ella se han ocupado, prueba de su evidente atractivo. Su autor, Eneas Silvio Piccolomini, que ocupó el solio pontificio con el nombre de Pío II, dejó constancia de su profunda formación humanística en los numerosos escritos que redactó, antes y durante su etapa papal. Sólo en el género epistolar se calculan en más de mil las cartas que escribió entre los años de 1431 y 1464 –este último, el de su muerte– las cuales encierran, además de una innegable calidad literaria, el excepcional interés de ser auténticos testimonios del periodo histórico que tocó vivir a este Pontífice, como ya expresé en otra ocasión³. La dirigida a Mehmed II que hoy nos ocupa bien pudiera considerarse, a juicio de Ludovico Pastor, más como un tratado que como una carta⁴. No lleva fecha, pero Frazee cree que debió ser escrita en 1461, mientras Babinger, por su parte, se muestra algo más concreto y sitúa su redacción después del verano de ese año. Y casi coincidiendo con él, Hubert Jedin estima que fue compuesta a partir del otoño de 1461⁵. En cualquier caso, es opinión generalizada

¹ Aeneas Silvius Piccolomini, *Epistola ad Mahometem II (Epistle to Mohammed II)*. Edited with translation and notes by Albert R. Baca. New York, Peter Lang ed., 1990.

² Vid. Ludovico Pastor, *Historia de los Papas*, t. II, v. III (Barcelona, Gustavo Gili, 1910), p. 314; Frank Babinger, *Mehmed the Conqueror and his time*, 2nd printing: Princeton, Univ. Press, 1992., p. 199.

³ Cf. Giuseppe Bernetti, *Saggi e studi sugli scritti di Enea Silvio Piccolomini Papa Pio II (1405-1464)*. Firenze, Tip. S.T.I.A.V., 1971, p. 21. Vid. también mi artº «Pío II y el reino de Sicilia», en *Hispania*, nº 180 (1992), p. 282.

⁴ *Op. cit.*, p. 314.

⁵ Charles A. Frazee, *Catholics and Sultans. The Church and the Ottoman Empire. 1453-1923*. London, Cambridge Univ. Press, 1983, p. 13; Frank Babinger, *op. cit.*, p. 199; Hubert Jedin, *Manual de Historia de la Iglesia*, t. IV: Barcelona, Herder, 1973, p. 819.

entre los tratadistas que la epístola, en realidad, no llegó nunca a ser enviada y, por lo tanto, el sultán otomano jamás la recibió.

Pero aun admitiendo esta hipótesis, lo cierto es que su difusión fue extraordinaria y el texto original latino de la misma no tardó en traducirse a los principales idiomas europeos, entre ellos el español. La Biblioteca del Palacio Real de Madrid conserva una de las versiones que se hicieron a nuestra lengua, en el manuscrito signado como II-1803⁶. Se compone de 49 folios escritos con elegante letra humanística del siglo XVI, que incluyen 33 líneas por plana en composición mazorril. Es de notar que el traductor no dejó constancia de su nombre pero sí de la motivación que le indujo a realizar la versión. En el «Exordio» que precede a la Epístola y ocupa los dos primeros folios del manuscrito, el anónimo traductor expone que «hauiendo venido a mi poder [la carta] los años pasados escrita en lengua toscana, la leý y consideré vna y mas vezes y despues, pareçindome que siendo esta vna cosa tan rara en el mundo, era gran lastima que no gozase della nña inuictissima y deuota nacion, la traduzí en nño lenguaje y idioma castellano en la forma que aqui se vee, si no con tanta polidez como tuuiera saliendo de mano de otro, a lo menos con la verdad que en esta y en todas las demas cosas se ha de dezir y guardar»⁷. Aparte la modestia, ficticia o sincera, que encierran las últimas palabras, queda claro que esta versión castellana fue realizada a partir de otra traducción, en lengua toscana concretamente, y no sobre la base del texto original latino como hubiera sido deseable. En principio, pues, la metodología seguida parece poco afortunada aunque la calidad del trabajo realizado sea excelente por su correcto estilo y lenguaje apropiado. El *exordio* contiene asimismo algunas pinceladas biográficas del Papa Pío II y, junto a la mención de su muerte en Ancona, presenta la duda de que pudiera haber sido provocada: «sabe Dios si fue por manos de los enemigos de la fe»⁸. La personalidad del Pontífice es descrita siempre en términos elogiosos, como fiel administrador del «reuaño de Iesu Christo», «exemplo de virtud y santidad» y defensor de la fe⁹. A propósito de esta última cualidad, recuerda el desconocido autor de nuestra versión castellana los esfuerzos de Pío II por reunir en Mantua a los príncipes de

Sorprendentemente Bernetti afirma que la epístola está fechada en Siena, a 1 de julio de 1460. Vid. *op. cit.*, p. 21.

⁶ Vid. *Catálogo de la Real Biblioteca. Manuscritos, v. II*. Madrid, Patrimonio Nacional, 1995, p. 284. La Biblioteca posee asimismo un ejemplar impreso –sin indicación de lugar, tipógrafo ni data– que contiene una versión italiana de la Epístola. Consta de 64 hojas sin numerar, tamaño 8º, con signatura tipográfica A-H⁴. Letra itálica, romana en portadilla y epigrafe; inicial adornada; reclamo en fin de pliego; y fe de erratas al final. Portada: «Epistola di Papa Pio.II. a Mahometto II. Gran Turco» (sign. I.D. 204). Se trata de una edición calificada por Ludovico Pastor de «sumamente rara», realizada probablemente a finales del s. XV o en los primeros años de la centuria siguiente. Cf. *Historia de los Papas*, t. II, v. III, p. 314, n. 1.

⁷ Fol. 2^v.

⁸ Fol. 1_r.

⁹ Bien distinta es la semblanza que hace de este Papa Alfonso de Palencia en su *Crónica de Enrique IV*. Cf. BAE, t. 257 (Madrid, 1973), pp. 116 y 158.

la Cristiandad y la cruzada que pretendió impulsar para luchar contra el poder otomano, porque «lo mas necessario y ymportante era extinguir la flamma y incendio que los turcos hauian esparcido en el leuante sobre los miseros christianos y vltimamente en Constantinopla»¹⁰. El fracaso de este primer intento, a causa de las disensiones surgidas entre quienes debían llevar a cabo la empresa, no desanimó al Papa. Por el contrario, convocó una nueva cruzada, secundada por borgoñones y venecianos, cuyo mando militar encomendó a «Jorge Castriot, por otro nombre llamado Scanderveg, principe de Epiro y Albania»¹¹. Pero resuelto a participar personalmente en la coalición, emprendió viaje hacia Ancona, «donde rehazia la masa del exerçito y armada de la liga». Y en esta ciudad le sorprendió la muerte.

Pese a los preparativos bélicos que se llevaban a cabo en Ancona, Pío II abrigaba todavía la esperanza de poder disuadir por medios pacíficos al sultán otomano de su lucha contra los cristianos. De ahí que «apercebiendose para su viaje y queriendo començar el de Ancona», decidiese hacer un último esfuerzo en pro de la paz escribiendo «vna carta a Mahomet 2º, emperador de Turcos... exhortandole a hazerse christiano, pareciendole que, a la ventura, viendose apretar por vna parte con la violencia y rigor de tanta potencia y, por otra, siendo este vn principe inclinadissimo a toda suerte de letras y muy amigo de oyr y entender las quistiones y disputas que se suelen proponer entre hombres sabios, entendiendo la falsedad de la ley de Mahoma, podría facilmente succeder algun caso memorable y milagroso como por el pasado se hauia visto en personas semejantes a el... y le remoueria de la guerra y impresa q. hauia començado en Italia»¹². Con este ánimo escribió el Pontífice la carta en cuestión, que hizo llegar al sultán «con persona de mucho recaudo y confiança, y que la puso en manos de Mahomet. Recibiola aquel potentissimo emperador con reuerencia y humildad, por ser cuya era y por tratar de materia tan ymportante. La leyo con mucha atencion y diligençia»¹³. Resulta, pues, evidente que el traductor estaba plenamente convencido de que la epístola papal había llegado a su destinatario y, más aún, que fue leída por éste con interés y respeto.

Tras el exordio analizado comienza propiamente la «Epistola del Pappa Pio segundo escripta a Mahomet segundo, Emperador de Turcos, en la qual le exhorta que se buelba christiano»¹⁴, epígrafe que encabeza el largo texto de la misma, cuyas primeras palabras contienen el ruego al sultán de que no se precipite en rechazar la misiva porque provenga «de un hombre christiano», sino que la lea en su integridad «hasta la fin». Y declara asimismo el Pontífice que no abriga sentimientos de odio hacia él ni le desea mal alguno «aunque seas enemigo de

¹⁰ Fol. 1_v.

¹¹ Vid. f. 2_r. Giorgio Castriota Scanderbeg de Albania, apodado «el atleta de Cristo», muerto en Alessio el 17 marzo 1468. Cf. Giuseppe Benetti, *op. cit.*, p. 30.

¹² Fol. 2_r.

¹³ Fol. 2_v.

¹⁴ Fol. 3_r.

nuestra catholica religion y que tus armas molesten en muchas maneras el pueblo de Jesuchristo». Son sus obras y no su persona las que disgustan al Papa, cuya única aspiración, por otra parte, es «que todos sean saluos debaxo del estandarte de la santa fe».

A través de las páginas de la Epístola, Pío II demuestra poseer un profundo conocimiento de la religión islámica, cuyos principios fundamentales trata de refutar luego de ponerles en parangón con los del cristianismo. Y lejos de ocultar tal planteamiento e intencionalidad, los declara abiertamente: «nña opinion—escribe el Pontífice— es de narrarte breuemente desde el principio del mundo hasta la muerte de Nño Saluador Iesu Christo todos los secretos de nña ley y despues razonar algo de la tuya y, comparada junto con la christiana, nos esforçaremos —conçediendonoslo el Señor— de hazerte veer quanta diferençia ay entre ellas y mostrarte la luz del cielo, con el resplandor de la qual puedas llegar a aquella via lumbre que alumbra a todos los hombres que viuen en el mundo»¹⁵. Bien es cierto que en este empeño pudieron servirle de apoyo y modelo algunas de las varias obras de polémica cristiano-musulmana entonces conocidas, singularmente la *Cribatio Alchorani* de Nicolás de Cusa¹⁶, o la titulada *Contra principales errores perfidi Machometi* del español Juan de Torquemada —como sugiere F. Gaeta¹⁷— y quizá también los escritos de Juan de Segovia referentes al Islam¹⁸, entre el crecido número de tratados existentes sobre el tema. Y es que la disputa cristiano-musulmana produjo, en verdad, toda una abundante literatura a la que España, por su parte, contribuyó destacadamente¹⁹. Albert Baca percibe, sin embargo, una diferencia esencial entre la Epístola de Pío II y la *Cribatio* de Nicolás de Cusa: la primera es la obra de un humanista, y la segunda la de un filósofo²⁰.

Pero al tiempo que procura evidenciar la falsedad de la doctrina musulmana como argumento para conseguir la conversión del sultán, el Papa apela a la vanidad del turco y trata de atraerle con el señuelo de las múltiples ventajas que obtendría si renunciara al Islam y se bautizara: «tu reyno sobrepujara a todos los otros que ay en el mundo y tu nombre no sera jamas en ninguna edad escòdido;

¹⁵ Fol. 15.

¹⁶ Vid. G. Anawati, «Nicholas de Cuse et le problème de l'Islam», en *Nicolo Cusano agli inizi del Mondo Moderno*. Firenze, 1970.

¹⁷ Cf. F. Gaeta, «Sulla "Lettera a Mahometto II" di Pio II», en *Bolletino dell'Istituto storico italiano per il Medioevo*, v. 77 (1965), pp. 127-227.

¹⁸ Vid. Darío Cabanelas Rodríguez, *Juan de Segovia y el problema islámico*. Madrid, Universidad Complutense, 1952, p. 232.

¹⁹ Sólo en el s. XVI se imprimieron en nuestro país, entre otras, las siguientes obras en refutación del Alcorán y de la doctrina musulmana: Juan Andrés, *Confusion de la secta mahometana y del Alcoran*. Valencia, Juan Joffré, 1515; Ricoldo de Montecristo, *Improbatio Alcorani*. Hispali, Stanislaus Polono, 1500; Bernardo Pérez de Chinchón, *Libro llamado antialcorano*. Valencia, Juan Joffré 1532; y *Diálogos cristianos contra la secta musulmana*. Valencia, 1535; Lope Obregón, *Confutacion del Alcoran y secta mahometana*. Granada, Sancho de Nebrija, 1555.

²⁰ Cf. *opus cit.*, pp. 6 y s.

seras en las historias latinas, en las griegas y en las barbaras celebrado; no habra hombre ninguno que te pase adelante de gloria ni de potencia»²¹. Y más aun. Junto a estas satisfacciones materiales y mundanas, la conversión al cristianismo le reportaría un bien mucho máspreciado: el privilegio de «gozar en la otra vida de la presençia del altissimo Dios»²² y, en definitiva, poder salvar su alma que al fin y al cabo es lo que importa, porque «qué aprouecharia al hombre (dize Christo Nño Señor en el Euangelio) si ganase todo el mundo y, con auerlo ganado, perdiese su anima?»²³. Estos son, en síntesis, los pilares básicos que conforman el entramado de la Epístola.

Antes de terminar en el f. 49,, el ms. II-1803 de la Biblioteca Real presenta un corte en el texto, acabando de forma imprevista un párrafo. En sustitución de lo omitido se encuentra un espacio en blanco, equivalente a cuatro o cinco líneas, intercalado antes de las tres últimas de la Epístola. Y como remate final la invocación latina, en versales: «SOLI DEO HONOR / ET GLORIA».

La Biblioteca Real no es, sin embargo, la única poseedora de una versión castellana de la carta de Pío II, ya que la Biblioteca Nacional de Madrid conserva asimismo un ejemplar de otra traducción a nuestro idioma. Se trata del ms. 6500, que consta de 75 folios, tamaño 4º, escritos con letra del siglo XV. Además de ser algo más antiguo que el anteriormente estudiado, tiene la particularidad de que en él se consigna expresamente el nombre del traductor al comienzo mismo del trabajo, en el epígrafe de cabeza que reza así: «Epistola de Pio II al Gran Turco Mahomed, la cual trasladó de la lengua latina en vulgar castellano el venerable Padre Fray Fernando de Córdoba, prior del monasterio de Ntro. Padre Bienaventurado San Jerónimo de Buenavista, cerca de Sevilla». La metodología seguida por este monje es pues, evidentemente, la correcta al tomar como punto de partida para su trabajo el original latino de la Epístola y no una versión a otro idioma, como en el caso del ms. de la Biblioteca Real. Añádase también, como nota positiva, que el texto de la Epístola se halla completo en su totalidad, incluyendo las líneas finales que faltan en aquel ejemplar. No obstante, a la hora de valorar la calidad literaria de estas dos versiones castellanas, aparece, en principio, como superior el manuscrito de la Biblioteca Real por su mejor estilo y mayor corrección en el lenguaje. Ahora bien, solo un detenido cotejo con el original latino podrá establecer, en definitiva, cuál de ambas versiones sea la más adecuada al primigenio texto papal a fin de elegirla como preferente en el caso de una eventual –y deseable– edición española, sin que ello suponga dejar de señalar las variantes que presente el otro manuscrito.

Acabada la traducción, el monje del monasterio sevillano inserta el siguiente párrafo, de deficiente sintaxis, acerca de la muerte de Mehmed II, en el cual diríase que vacila al intentar precisar el año en que ocurrió, que va tachado en el manuscrito: «Padre Pio lo escriuio. Ca perseuerando aqueste cruel enemi- [f. 75,]

²¹ Fol. 10,.

²² Fol. 13,.

²³ Fol. 12,.

go de Jesucristo en el error de su infidelidad e persiguiendo sin cessacion el pueblo cristiano, por justo iuyzio del soberano Juez, estando açerca de la çibdad de Constantinopla en una graue enfermedad, con una purga que le dio un judio liberto (?). E assi acabo su vida mala con mesquina e muy digna muerte el dia de la Invençion de Santa Crus que es a tres dias de mayo en el año del Señor de [tachado] e vn años». Fácil es, sin embargo, subsanar este dato pues, como se sabe, el fallecimiento del sultán otomano tuvo lugar el 3 de mayo de 1481, correspondiente al 4 de rabī' I del 886 en el cómputo musulmán.

Quizá no fue la Epístola que venimos considerando la única que escribió Pío II al soberano turco, si aceptamos la discutible autenticidad de la carta que incluye el manuscrito 457F (ant. Egerton, 301), f. 386_{r,v}, de la Biblioteca del British Museum, fechada en Roma a 3 de enero de 1464, es decir, pocos meses antes de la muerte del Pontífice. Su contenido, breve y amenazador, no guarda desde luego ninguna semejanza con aquélla. El talante conciliador que entonces manifestaba el Papa, se ve sustituido ahora por una evidente animosidad, perceptible ya desde la misma dedicatoria, al dirigirse al sultán en estos términos: «A ti el sobervioso, comparado con Lucifer, e señor de la grande Turquía, enemigo de la Ley de Dios e de la Sancta Fee Catholica». Bien es verdad que, en esta ocasión, Pío II no hacía sino responder a un escrito intimidatorio y retador del turco –que también incluye el manuscrito, f. 385_v–, en el que éste descargaba su furia por las dos cruzadas que el Pontífice había convocado contra él. Pero las amenazas del sultán son contestadas en igual tono por el Papa: «Recebi vna tu letra por la qual, pospuesto todo temor de Dios que te hizo de nada e te desfará quando su voluntad fuere, parece por ella que embias a amenazar a Nuestra Sanctidad diciendo que contra ti facemos cruzada para te destruir, e que has de desfazer e perder e destruir toda nuestra Fe Catholica e el Nombre de Christo, en quien todos adoramos como a nuestro Salvador.

«E respondiendо a ella, te embio facer saber que Nos seremos, con la ayuda de aquel alto e poderoso Rey de los Reyes e Señor de los Señores, con todo nuestro poderio, mediante la su gracia, a te destruir, según creo verdaderamente, e haber victoria contra ti. Del qual destruymiento de ti, nin de ninguna generacion aya mas que non quedará memoria en los siglos de este mundo non solamente mas de aquellos que a ti y a tu mala secta siguen. E, por ende, apercibete con todo tu infernal poderio que, mediante la gracia del muy alto Dios Todopoderoso, sere contigo a te destruir, según dicho es, del dia de la fecha de esta carta en doce meses primeros siguientes. Fecha en Roma, a tres de enero del año del Señor de 1464 años. Jesús.»